**El amor era un espectro**

**Relatos y mapas urbanos**

Disponible en

[http://www.amazon.com/amor-espectro-Relatos-mapas-urbanos-ebook/dp/B019NH73S2/ref=pd\_ecc\_rvi\_1](http://www.amazon.com/amor-espectro-Relatos-mapas-urbanos-ebook/dp/B019NH73S2/ref%3Dpd_ecc_rvi_1)

**Lafotobajolamesa Editorial**

**(2015)**

**James Rodríguez Calle**

**El amor era un espectro**

**Relatos y mapas urbanos**

**Lafotobajolamesa Editorial**

**(2015)**

**Editor**

Lafotobajolamesa Editorial

**Primera edición**

Diciembre de 2015

**Correo electrónico**

jamesroca@gmail.com

[**https://lafotobajolamesa.wordpress.com**](https://lafotobajolamesa.wordpress.com)

Editado en Cali, Colombia

**Otros textos del autor:**

[http://www.amazon.com/gp/product/B00ZBPCGF6?\*Version\*=1&\*entries\*=0](http://www.amazon.com/gp/product/B00ZBPCGF6?*Version*=1&*entries*=0)

<http://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/2504/1/T0966-MEC-Rodr%C3%ADguez-Cali.pdf>

<https://uasb.academia.edu/JamesRodr%C3%ADguezCalle>

**Imagen de portada**

César Alvarán

## Novela del amor principal (acaso un prólogo).

*En un cuarto lleno de gente*

*Un corazón agonizaba*.

El Willy

Por supuesto que esto es de y para Paola.

Siempre sentí su presencia como una turbadora e inminente tormenta. Su llegada a mi mundo, de explorador incansable, puso un puerto a la vista (no obstante); tan claro, tan inminente, que la debilidad me inundaba cuando pensaba en poner anclas. Cuando menos pensamos, y al poco de conocernos, se nos vinieron encima varios años de llamadas interminables, de cafés iconoclastas, de cinematecas y comidas.

Pero lo peor ocurría cuando el mundo estaba encerrado y oscuro, y en la mesa las jarras de cerveza, o la botella de tequila, nos miraba directamente a los ojos, y en una gran pantalla las voces competían con las guitarras y las baterías, y alguna canción, demasiado latina, se metía por su piel y la inundaba (parietal y visceral). Entonces tenía que sufrir, me moría por sufrir; tenía que sufrir por quedarme al otro lado de su viaje, por verla navegar en los tambores, por su canto de sirena (sin tener acceso a su hechizo tan siquiera).

Solitario o precariamente  acompañado, prendía los motores de mi locura y continuaba con los viajes, que acaso tenían una apariencia de caos: parada mulata, o de valle o de pantalla; viaje bifurcado, circular, de ida y vuelta; construía rizomas (una raíz y un montón de caminos): María del Carmen Huerta, Angelita, Miguel Ángel, Solano Patiño (por no decir “impostado Caicedo” o “Caicedito”). De tanto en tanto, la ciudad iba conmigo a algún río, a alguna casa, con un balcón desquiciado; había que soñarla entonces, o esperar que llegara a última hora y se subiera al bus (a la “chiva”, que era la apariencia momentánea de mi barco).

Una parada. La hamaca, en el balcón desquiciado (¡al fin!), que no daba pie al espacio de los cuerpos; una lectura y un capítulo prohibido: “Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu mano se entreabriera…” y también el otro argentino que me gritaba: “Crecen los muros de su cárcel como en un sueño atroz”; y mi cobardía, que inundaba el plexo solar, que paralizaba los músculos (todos). Ella esperándome en una cama y yo sufriéndome, soportándome en la parálisis y escuchando voces en *off* (o en *over*), que venían de algún lado: los amigos de alrededor, Mick Jagger, Morrison, Cantaclaro; Cortázar, que no callaba, y ataque 77, maldito número divino, con su insistencia al inicio de las páginas (51 en mi edición).

El tiempo que pasa, y mis músculos que siguen congelados por añares; había de conocer a una mujer (otra) que mis sentidos leyeron como puerto seguro. Mentiras de una mente atormentada, el infierno masculino que llega en su peor forma, con la blandura insoportable. Ablandado hasta el extremo, me rescata mi gurú infernal. Pero algo estaba definitivamente roto.

\*\*\*

Hay amigos que, por azar o por los hados, deben ser lúcidos; en mi caso tenía que ser una mujer, llamarse Angelita y tener una perspicacia extraordinaria, fulminante: mirada abarcadora, de maestra en artes y no sólo de título, que es como decir maestra en el ver, en el percibir. Se detuvo en sus manos, me enseñó a ver, como tantas veces, lo que mi miopía pasaba por alto; su encanto (el de ella, mirada una vez por Angelita) la hizo decirme que el momento se estaba yendo, que el puerto podía volverse inseguro.

Hube de besarla arrebatadamente, en una despedida, en los minutos previos al arribo de su taxi, en la calle que nos sacaba del café, del teatro (de muchos, pero sólo puedo pensar en Sylbia Plath, por Matacandelas). Entonces, la inevitable confusión, la angustia, “el horror de vivir en lo sucesivo”; el siguiente beso, que ahora sí debía ser cortazariano, por fuerza: con el número 7 de “la perfección”; un beso que no podía tener el pudor borgiano; y luego a esquivar los fantasmas, que aparecían por las esquinas, que conocían mis paradas y mis puertos. Jugábamos a la Rayuela instintivamente, a esquivar algunas piedras.

Desde entonces, he debido simplificarme y expandirme; amar el cotidiano mundo de una familia y hacerla volar; con ella aprendo el arte de los otros viajes y el arte del reposo; aprendo a detener la mente de su inercia insoportable; aprendo a reconocer mis raíces y mis ramas (ontología de lo cotidiano y psicoanálisis con ausencia terceros). Antes de ella, el Charly García de “la sal no sala y el azúcar no endulza”; ahora, es el de “como compartir un tiempo de paz”. Y entonces escribo. Escribo con el sosiego que sólo ella puede proporcionarme y la energía que dos elfos me inyectan diariamente. Escribo, hasta ahora, sobre esos días del vagabundeo, del presente que parecía infinito.

## Tarde con tequila y raíles

El taxista empezó a trabajar ese día con un presentimiento que poco a poco se convirtió en certidumbre. Mientras revisaba el aceite, se acordó de varias aventuras eróticas y de muchas experiencias grotescas que solía presentir de la misma manera. Pero se dijo que esta vez no se trataba de «una aventura». Paró en la gasolinera de Sameco y fue ahí que lo supo: hoy la vería, casi podía describirla; lo supo como esa vez que adivinó el número de una rifa o esa otra del marcador en una final de fútbol. Pagó la gasolina y decidió tomar la calle 70 para buscar el silencioso barrio La Flora. Seguiría por la Avenida Cuarta y luego se iría bordeando la carrilera.

Los viernes en la tarde la ciudad se abría en un espectro de posibilidades que él comparaba con el efecto de la luna llena en los lobos (se enorgullecía de haber sido fanático del cine de terror, desde antes de «esa moda adolescente de ahora»). Cali renace cada fin de semana; «como que se justifica» era lo que él pensaba literalmente: Las mujeres empezarían a salir de los almacenes en pocos minutos, con las provisiones para la noche, bastaría pararse a la salida de alguno y poner el carro en fila.

El aparente plan estaba terminado. Justamente sonaba en el radio: "las caleñas son como las flores/ que vestidas van de mil colores/ ellas nunca entregan sus amores/ si no están correspondidas"; una de esas coincidencias del viernes. Sonrió.

\*\*\*

Lo único seguro para Teresa era salir a caminar por la carrilera. Eduardo no la había llamado en tres días. Es más, en su  celular no habían  llamadas recibidas desde el miércoles. Lo sacó entonces de su bolso, lo miró y decidió llevarlo en la mano con fingida indiferencia. La tarde empezó a perderse entre sombras justo en el momento en que sus pies sintieron el metal de los raíles nuevos. Hacía poco los habían cambiado y ya no eran sostenidos por los viejos maderos que tanto le gustaban. Pero esto dejó de importarle; «total, el cemento siempre ha reinado en la ciudad». Se le ocurrió parafrasear a Chico Buarque y, a la vez, a sus tías: «dios le pague», dijo y percibió algo de smog, de ruido, de horrible ciudad; miró de soslayo algunos edificios. Empezó a saberle la boca a tequila y la brisa de Dapa apareció con las primeras luces, le despejó la mente y la piel.

Sacó un ligero abrigo del morral, sin soltar el teléfono, se lo puso y  metió las manos en los bolsillos. Muy cerca se veía el letrero luminoso de un almacén, nunca le pareció tan frívolo, tan horrible, «ese detestable amarillo pollito».

Se acordó del barman calvo que hablaba siempre de rock argentino y de los tipos que lo escuchaban sin saber que robaba ideas de las revistas para sorprender. Se acordó de cómo lo comentaba con Eduardo, el domingo, mientras el sol se hacía insoportable entre las sábanas, más amarillo.

Pero entonces empezó a pensar en La Muerte cinematográficamente": primero en la acompañante de Oliverio Girondo, ¿se vería así en un espejo? Después en la de Jim Morrison en esa tina en París, según la versión de Oliver Stone. Luego en la suya. En cualquiera. Y entonces decidió sacar del morral sus audífonos y su viejo *discman*  y lo que escuchó, por supuesto, fue la voz de Jim Morrison insistente: *When the music's over turn out the lights.*

Siempre pensó que ese estado de ánimo entre nostálgico y feliz, tan paracido a la *saudade* que sólo los brasileros saben sentir (y describir), es el mejor para abandonar el mundo. El chamán Morrison casi susurraba: *Before I sink into the big sleep.../ I want to hear... the scream of the butterfly...* Entonces había que subir el volumen al máximo para esperar el crescendo. Asumir su soledad y hasta cerrar los ojos para no ver los cerros, con esa felicidad prometida para nunca; el sueño soñado tan nítida e insistentemente con Eduardo: una casa pequeña en las montañas, con vista a la ciudad (“bien lejos”), al aeropuerto, a los cañaduzales de Palmira; un jardín con eucaliptos y tulipanes... El Rey Lagarto ahora gritaba: *We want the world and we want it… now… NOW.*Su suerte aún podía cambiar: Dapa se disolvió, como un fractal en el horizonte de montañas; creyó ver el mar, pero estaba incendiado: *Music is your special friend/ Dance on fire as it intends...*

\*\*\*

El taxista empezó a bordear la carrilera. Se acercaba cada vez más al almacén y, entonces, la vio: yacía en el prado al borde de la carrilera; pudo reconocerla. Detuvo el taxi y se bajó lo más rápido que pudo. Encontró el discman en pedazos, con un disco de los Doors partido en pedazos y el celular con la palabra Eduardo aún en la pantalla. El golpe fue contundente, el tren le partió el cráneo en dos.

## Alicia en otros espejos

A Nefacris,

por una de sus historias migrantes*.*

Se contempla en el espejo agrietado de su habitación, con una expresión neutra, de meditación: «veintiocho años y condenada a pasar el día absolutamente sola, como en un retiro jesuita; como un sirviente irlandés*»*; esboza una sonrisa con ironía de lectora. «Si tan sólo tuviera un pastel; ¿cómo se dirá feliz cumpleaños en irlandés?». Encuentra el diccionario. De varias expresiones**, le gusta** *lá breith sona*, la repite en su mente, incesante…